

MAIPÚ: UN RESONANTE TRIUNFO PARA AMÉRICA

General (r) Marcos López Ardiles
marcoslopezardiles@gmail.com
Sociedad Chilena de Historia y Geografía
Academia de Historia Militar
Santiago de Chile

Resumen

En el pasado mes de agosto, la Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú nos invitó a participar en un interesante Seminario Internacional sobre las Independencias en Hispanoamérica. Allí tuvimos el privilegio de exponer sobre la batalla de Maipú, trascendental hecho de armas ocurrido cerca de Santiago de Chile, el 5 de abril de 1818.

Esa batalla tuvo grandes repercusiones para la libertad de América, las que más adelante analizaremos con algún detalle; sin embargo, podemos adelantar que esa victoria significó para Chile la definitiva independencia; para el gobierno de Buenos Aires, el término de la amenaza que significaba una fuerza monárquica al otro lado de los Andes; y, además, este triunfo hizo posible la formación de una gran flota chilena que pudo arrebatar el dominio del Pacífico a los buques del rey de España. Esta última repercusión sería de gran importancia para el desarrollo de las campañas terrestres que convergieron en el Perú.

Palabras clave: Independencia, ejércitos, Provincias Unidas, Chile, Perú.

Justificación del trabajo

Describir el proceso que condujo a la preparación y desarrollo de la primera batalla que ocasionó una derrota significativa e irreversible al poder monárquico en América.

El escenario político y militar

Si bien el proceso de la independencia de las posesiones americanas tiene un origen común y cubre un período muy breve -entre

12 a 15 años de la historia americana-, en cada una de esas posesiones se dan circunstancias distintivas, y Chile no es la excepción.

El 25 de mayo de 1810 se instauró una junta de gobierno en Buenos Aires que significó la autonomía definitiva de las provincias rioplatenses, la que no fue nunca interrumpida. Cuatro meses después, el 18 de septiembre, en Santiago, una junta de notables proclamaba un gobierno autónomo, aunque manteniendo lealtad al cautivo rey Fernando VII. Esa pantalla de fidelidad fue de a poco descorriendo su velo hasta que quedó al descubierto el propósito independentista de los nuevos gobernantes de Chile. El virrey del Perú no toleró tamaña afrenta y envió tres expediciones sucesivas para someter a los insurgentes y recuperar la Capitanía General de Chile para el soberano. Las dos primeras fueron rechazadas por los patriotas, pero la última expedición, mandada por el brigadier Mariano Osorio, infligió a las fuerzas de la libertad una derrota decisiva en la batalla de Rancagua. Esa derrota del 2 de octubre de 1814 puso la lápida a la Patria Vieja, como se llama en Chile a esos cuatro años en que se respiraron los primeros aires de independencia.

Sin resignarse a las cadenas de un nuevo gobierno monárquico, una gran cantidad de chilenos partidarios de la libertad cruzaron los Andes en un lastimoso éxodo. Iban en dos grupos, uno liderado por José Miguel Carrera, quien había sido jefe de Estado, y otro por Bernardo O'Higgins, quien había sido general en jefe del ejército.

Los que partieron a este exilio encontraron gran acogida en la provincia de Cuyo¹. Tenían los chilenos lazos de afinidad y de parentesco con sus hermanos cuyanos. Treinta ocho años antes, toda esa hermosa provincia había formado parte de la Capitanía General de Chile. Pero, además de esos antiguos vínculos existió una circunstancia providencial: cuando los chilenos llegaron a Mendoza, hacía solo dos meses que el coronel José de San Martín había asumido como gobernador-intendente de Cuyo. Este era el mismo coronel que, viendo estériles los esfuerzos por el Alto Perú, había bosquejado un plan distinto para derrotar a los monárquicos y consolidar la libertad americana. Sin embargo, la

¹ La entonces provincia de Cuyo comprendía las actuales provincias de Mendoza, San Luis y San Juan.

reconquista de Chile por parte de los realistas, representaba ahora un desafío adicional para concretar su plan continental.

El Ejército de los Andes

Apenas llegado a Mendoza, José Miguel Carrera tuvo diferencias irreconciliables con San Martín; en cambio con O'Higgins hubo inmediata afinidad y comunidad de propósitos. Muy cerca de Mendoza, en el campamento militar de El Plumerillo, San Martín se abocó -a partir de la nada- a la formación de un ejército, al que llamó de los Andes. Este solo nombre ya nos revela el tacto político de San Martín, pues siendo esa fuerza integrada mayoritariamente por argentinos, bien pudo llamarse Ejército de las Provincias Unidas o Ejército Rioplatense. Se suma a ello que gran parte del financiamiento y el apoyo político provinieron del director supremo Juan Martín de Pueyrredón, lo que no siempre se pone de relieve. En forma velada y a veces misteriosa, la Logia Lautaro también jugó un papel destacado en la toma de decisiones.

Otro hecho peculiar y que confirma la visión política de San Martín lo constituye la creación de la bandera del Ejército de los Andes. Fue ese un emblema que -aunque parecido en sus colores- era distinto a la bandera de la Provincias Unidas, que ya existía desde 1816. Lo que pretendía San Martín a través de la bandera de los Andes era evitar a toda costa que su ejército fuera percibido como un ejército invasor proveniente de las provincias rioplatenses.

El Ejército destinado a reconquistar Chile logró reunir a 4080 efectivos, agrupados en cinco unidades principales². Esos cuerpos se dividieron en las seis columnas que por diferentes pasos y cubriendo un frente de más de 600 kilómetros, efectuaron la magnífica operación del cruce de los Andes, atravesando por difíciles senderos que en ocasiones sobrepasaban los 4000 metros de altitud. La mayor contribución de efectivos la efectuó la provincia de Cuyo, pero también los hubo de diferentes provincias argentinas.

² Los batallones números 7, 8 y 11, más los Cazadores de los Andes y Granaderos a Caballo. A ellos deben sumarse efectivos logísticos y administrativos.

Una parte de los emigrados chilenos se distribuyó en las distintas unidades del Ejército de los Andes. Otros formaron parte de la llamada “legión chilena” o “legión patriótica”, conformada por un grupo estimado en 65 oficiales que serían los encargados de organizar las unidades del nuevo ejército chileno. En los casos del brigadier Bernardo O’Higgins y del comandante Ramón Freire, el primero asumió el mando de una división de la principal columna de invasión que se internó por el paso de Los Patos, en tanto que el segundo fue jefe de la columna secundaria que, compuesta por un centenar de chilenos, cruzó por el paso Planchón, teniendo a Curicó como objetivo (200 km al sur de Santiago).

Ese Ejército de los Andes, al cual San Martín dedicó todos sus desvelos, fue, probablemente, la fuerza mejor equipada y entrenada entre las noveles fuerzas patriotas que surgieron en la América del Sur. Durante dos años, esa fuerza militar fue incrementando su contingente, y mejorando su instrucción y entrenamiento. Nada se dejó al azar. Durante la preparación se gozó de una condición favorable: no estuvo bajo una amenaza militar próxima. La experiencia militar adquirida tras sus años de servicios en Europa indujo a San Martín a preparar los más mínimos detalles, especialmente los relacionados con un equipamiento adecuado para el difícil paso de la cordillera.

La operación del cruce de los Andes puede ser considerada como una magistral empresa militar, caracterizada por una sorprendente sincronización de las columnas, cuyo éxito lo ratifica la victoria que dicho Ejército obtuvo en la batalla de Chacabuco, ocurrida el 12 de febrero de 1817, cuando recién se habían traspasado los últimos contrafuertes cordilleranos.

Chacabuco fue la primera gran derrota que sufrieron las fuerzas realistas en América. Esa fue la batalla que abrió a los patriotas las puertas de Santiago y posibilitó la reinstauración de un gobierno chileno, encabezado por Bernardo O’Higgins.

El Ejército Unido y sus campañas

El nuevo gobernante (Director Supremo) se dio de inmediato a la tarea de volver a fundar el Ejército chileno, que renació desde las cenizas de aquel que fuera vencido en Rancagua, en 1814. Al cabo de cinco meses

ya se habían creado cuatro batallones, una unidad de caballería y un cuerpo de artillería, además de la creación de una Academia Militar destinada a la formación de oficiales y suboficiales. De esa forma, por más de tres años coexistieron en Chile dos ejércitos: el de Chile y el de los Andes, ambos bajo el mando del general San Martín. Esos ejércitos pasarían a operar en conjunto bajo la denominación de Ejército Unido y con esa organización combatirían juntos hasta la batalla de Maipú.

Se da entonces una curiosidad excepcional. El mando político del país recaía en un chileno, el general O'Higgins, en tanto que el mando militar lo detentaba un rioplatense, el general San Martín. Solo la voluntad de alcanzar los anhelos de libertad y el cabal entendimiento entre ambos próceres permitieron llevar con éxito esta particular circunstancia.

Consumada la victoria en Chacabuco, se cometió el error de no persistir en una persecución efectiva a los realistas que se retiraban hacia el sur. Ese error permitió que se hicieran fuertes en la ciudad-puerto de Talcahuano, antiguo bastión realista que, además de bien fortificado, les permitía tener abierta la comunicación por mar desde el Callao. Una parte del ejército patriota, al mando del propio Director Supremo, efectuó un prolongado asedio a Talcahuano donde los realistas mandados por el coronel Ordóñez resistieron con éxito. Esta situación se extendió por más de seis meses.

El virrey Pezuela, decidido a reconquistar Chile, envió desde el Callao una expedición de 3288 efectivos bajo el mando del brigadier Mariano Osorio, el antiguo vencedor de Rancagua y gobernador de Chile, por tanto, un buen conocedor de su geografía y de su gente. A diferencia de las expediciones que el Virreinato había enviado durante la Patria Vieja, la de ahora, además de las unidades peruanas, estaba integrada por unidades veteranas venidas de la península. El 11 de enero de 1818, Osorio desembarcó con sus fuerzas en Talcahuano, a quien Ordóñez entregó el mando de sus tropas.

EXPEDICIÓN OSORIO DE 1818

Unidad	Mando	Procedencia	Fuerza
Comandancia	Brigadier Mariano Osorio	Perú	4
Estado Mayor	Coronel Joaquín Primo de Rivera	Perú	10
2º Btn. del Regto. Infante don Carlos	Tte. Crl. Bernardo de la Torre	España. Veteranos de la guerra contra los franceses, llegaron al Perú vía Panamá, en mayo de 1817.	876
1er. Btn. del Regto Burgos	Coronel José María Beza	España. Llegaron al Perú vía Cabo de Hornos, entre agosto y octubre de 1817.	900
2º Btn. del Regto. Arequipa	Tte. Crl. José Rodil	Perú	1000
Compañía de artillería a caballo (10 piezas)	Tte. Crl. Manuel Bayona	España. Llegaron al Perú vía Cabo de Hornos, entre agosto y octubre de 1817.	70
Compañía de Zapadores	Capitán José Cáscara	Perú	81
1er. Escuadrón de Lanceros del Rey	Tte. Crl. José Rodríguez	España. Llegaron al Perú vía Cabo de Hornos, entre agosto y octubre de 1817.	144
1er. Escuadrón de Dragones de Arequipa	Tte. Crl. Antonio Rodríguez	Perú	160
Servicios Logísticos		Perú	35
Servicios Administrativos		Perú	8
TOTAL			3288

Fuente: Ferrada, 2009, p. 49.

Parece conveniente detenernos un momento para reflexionar sobre la procedencia de las fuerzas durante esta campaña, reflexión que se hace extensiva a las guerras de independencia en toda América. Como se observa en el gráfico anterior, además de las unidades peninsulares, las unidades provenientes del Perú estaban conformadas por una mayoría de soldados criollos que eran –forzosa o voluntariamente– adictos a la causa del rey. Algo similar ocurría con las fuerzas realistas que mantenía Ordóñez en Talcahuano, cuyas filas estaban en gran medida compuestas por chilenos oriundos de Concepción, de Valdivia y de Chiloé, territorios donde había gran afinidad por la causa monárquica. Por otra parte, no fueron pocos los peninsulares que atraídos por las ideas liberales se enrolaron con entusiasmo en las unidades patriotas. Había distinguidos oficiales patriotas que habían iniciado la carrera de las armas a fines del siglo XVIII como cadetes del Batallón Fijo de Concepción o del Regimiento de Dragones de La Frontera, es decir, de las mismas unidades a las que se enfrentarían en Maipú. Un caso emblemático es el de Manuel María de Toro, quien siendo nieto del presidente de la Primera Junta de Gobierno de Chile, en Maipú murió combatiendo por el bando realista. Entonces, a nuestro entender, es errado concebir esta campaña como parte de una guerra de españoles contra chilenos y argentinos, pues lo que prevalecía en ellos era la preferencia sobre una u otra forma de gobierno. Esto es, la fidelidad o el rompimiento con la monarquía ibérica. Tanto unos como otros lucharon convencidos de la legitimidad de su causa y al hacerlo con bravura, ambos bandos merecen nuestro reconocimiento y respeto.

Volvamos ahora al desarrollo de la campaña. Al producirse el desembarco de Osorio y el consiguiente incremento de la capacidad de combate de las fuerzas realistas, San Martín y O'Higgins resolvieron abandonar el sitio de Talcahuano con el fin de concentrar todas las fuerzas patriotas con el objeto de impedir la conquista de Santiago. Había que bloquear la ofensiva realista. Era menester evitar a toda costa una derrota como la de Rancagua.

San Martín mantenía una importante fuerza en las cercanías de Valparaíso en previsión de un desembarco en sus proximidades y con el propósito de defender la capital. Teniendo ya la certeza del desembarco de Osorio en Talcahuano, San Martín, a la cabeza de 4039 hombres, marchó hacia el sur, en tanto que O'Higgins encabezó sus fuerzas para

dirigirse hacia el norte, para que ambos convergieran en la línea del río Maule. La columna de O'Higgins bordeaba los 3700 efectivos.

Entre febrero y marzo, con frecuencia los ejércitos realista y patriota estuvieron a corta distancia y ambos habían sobrepasado el río Maule (al sur de Talca), pero tanto San Martín como Osorio evitaban una batalla decisiva y cada uno observaba y procuraba informaciones sobre su adversario. Se produjeron, eso sí, encuentros menores sin resultados determinantes. Esa situación se prolongó hasta el 19 de marzo, cuando el ejército realista en una audaz acción nocturna atacó el campamento patriota en Cancha Rayada, muy próximo a la ciudad de Talca. La sorpresa fue mayúscula y el ejército patriota logró retirarse en desorden y con cuantiosas bajas, mientras el Batallón N° 3 de Chile, al mando de Agustín López era el único que mantenía el contacto con el adversario, siendo en esa circunstancia -por concurrir en apoyo al N° 3- cuando O'Higgins resultó gravemente herido de bala. Ese batallón perdió cerca de la mitad de sus efectivos y, entre tanto, el coronel Juan Gregorio de las Heras consiguió reagrupar a varias de las unidades dispersas para organizar una retirada en orden. Había transcurrido un año desde el cruce de los Andes y ese titánico esfuerzo, sumado a la victoria de Chacabuco, parecían esfumarse ante una inminente derrota de las fuerzas del Ejército Unido de los Andes y de Chile.

Cancha Rayada, hoy dentro del plano urbano de la ciudad de Talca, se ubica a 250 kilómetros de Santiago y desde allí marcharon los patriotas para defender la capital. Imaginamos que en esa marcha sombría de columnas dispersas se presagiaban los peores resultados.

Cuando en Santiago se supieron las noticias de la derrota de Cancha Rayada, cundió la angustia y hubo quienes empezaron a preparar un nuevo éxodo hacia Mendoza. Los rumores aseguraban que el Director Supremo había muerto en combate, y la situación era apremiante. Sin embargo, la llegada a la capital de O'Higgins y San Martín hizo renacer las esperanzas. Ambos pusieron todos sus esfuerzos en la reorganización del ejército y en reemplazar las bajas. Se activaron las milicias, se aprestaron los cadetes de la Escuela Militar y se cavaron fosos en las entradas a la ciudad.

San Martín reagrupó y concentró al ejército patriota en los extramuros de Santiago, recibiendo información sobre el avance de los realistas. Era importante conocer cuál era la ruta de aproximación elegida por Osorio para poder bloquear su avance. San Martín se informó que los realistas progresaban por un camino que llegaba a Santiago por el oriente, por lo que resuelve trasladar sus fuerzas hacia las proximidades de Maipú.

La composición de las fuerzas enfrentadas

Habiéndose repuesto el Ejército Unido, San Martín lo reorganizó en tres divisiones de magnitudes similares, y en cada una de ellas, con conveniente equilibrio, había presencia de unidades chilenas y rioplatenses. Otra vez se confirma en el general en jefe su hábil combinación de prudencia política y visión táctica.

EJÉRCITO UNIDO DE LOS ANDES Y CHILE

General en jefe	General José de San Martín
General en jefe sustituto	Brigadier Antonio González Balcarce

DIVISIÓN CORONEL LAS HERAS

Unidad	Procedencia	Mando
Btn. Infantes de la Patria	Chile	Tte. Crl. Bustamante
Btn. Cazadores de Coquimbo	Chile	Mayor Thompson
Batallón N° 11	Los Andes	Coronel De las Heras
Grupo de Artillería	Chile	Tte. Crl. Blanco Encalada

DIVISIÓN CORONEL ALVARADO

Unidad	Procedencia	Mando
Btn. Cazadores de los Andes	Los Andes	Tte. Crl. Alvarado
Batallón N° 8	Los Andes	Tte. Crl. Martínez
Batallón N° 2	Chile	Tte. Crl. Cáceres
Grupo de Artillería	Chile	Mayor Borgoño

DIVISIÓN CORONEL DE LA QUINTANA (Reserva)

Unidad	Procedencia	Mando
Batallón N° 3	Chile	Mayor López
Batallón N° 1	Chile	Tte. Crl. Rivera
Batallón N° 7	Los Andes	Tte. Crl. Conde
Batallón Artillería	Los Andes	Tte. Crl. Plaza

CABALLERÍA

Unidad	Procedencia	Mando
Regto. Unido Cazadores a Caballo	Chile-Los Andes	Tte. Crl. Freire
Regto. Granaderos a Caballo	Los Andes	Coronel Zapiola

Fuente: Díaz, 1946, p. 157

Los autores consultados difieren ligeramente en el número total de efectivos patriotas. Ferrada los fija en 5812, y Díaz en 5583.

Por su parte, como hemos visto, el brigadier Osorio había llegado desde el Perú con una fuerza de 3288 efectivos. En la provincia de Concepción la había incrementado en cerca de 2000 hombres adictos a la causa del rey. Sin embargo, después de las marchas y contramarchas ejecutadas entre Concepción y Santiago (alrededor de 600 km) y debido a las bajas originadas en sucesivos combates, llegaba Osorio a las cercanías de la capital con un ejército compuesto por 4570 efectivos.

EJÉRCITO REALISTA

General en jefe	Brigadier Mariano Osorio
General en jefe sustituto	Brigadier José Ordóñez
Jefe de Estado Mayor	Coronel Primo de Rivera
Comandante Gral. de Caballería	Coronel Francisco Olarria

BRIGADA BRIGADIER JOSÉ ORDÓÑEZ

Unidad	Procedencia	Mando
Batallón Concepción	Chile	Tte. Crl. Campillo
2º Batallón del Regto. Infante don Carlos	Perú	Tte. Crl. Latorre
Comp. de Zapadores	Perú	Capitán Cáscara
Escuadrón Lanceros del Rey	Perú	Tte. Crl. José Rodríguez
Escuadrón Dragones de Arequipa	Perú	Tte. Crl. Antonio Rodríguez
Escuadrón Dragones de Chillán	Chile	Tte. Crl. Palma
Comp. Art. a caballo	Perú	Tte. Crl. Bayona

BRIGADA CORONEL JOSÉ M. BEZA

Unidad	Procedencia	Mando
II Regto. Arequipa	Perú	Tte. Crl. Rodil
I Regto. Burgos	Perú	Coronel Beza
Regimiento Dragones de la Frontera	Chile	Coronel Morgado
Comp. Art. a pie	Perú	Tte. Crl. José Rodil

Fuente: Díaz, 1946, p. 158

Enfrentados ambos ejércitos, resultaba el patriota con una ligera superioridad numérica, la que los realistas lograban equilibrar sobre la base de soldados cuya veteranía la habían cosechado en Europa, como era el caso del Regimiento Burgos.

Pero hay otras consideraciones que influyen en la capacidad de combate. Veamos: ambos mandos superiores eran ejercidos por oficiales de dilatada experiencia en Europa. San Martín había servido por más de 20 años en la península como oficial de caballería del Ejército Real. Osorio, en tanto, había ingresado muy joven a la Academia de Artillería y había tenido una destacada trayectoria en Europa, desde donde pasó al Perú en 1812; volvía a Chile revestido de los laureles de su victoria en Rancagua.

La victoria que recién habían obtenido los realistas en Cancha Rayada les infundía un sentido de superioridad, el que se reforzaba con la idea de enfrentar a un ejército que, al sufrir esa importante derrota, no había tenido tiempo para reorganizarse. Los patriotas en cambio tenían plena conciencia de que en la próxima batalla se jugaban el todo por el todo, y que del resultado de ella dependía la causa de la libertad.

La aproximación y la batalla

Para los realistas, la marcha había sido extenuante, especialmente durante los primeros días de abril, pues debieron rechazar a las pequeñas partidas de patriotas que acechaban la vanguardia o que acosaban la retaguardia, evitando ser amarradas en combate. Estas pequeñas unidades de caballería fueron las que mantuvieron informado a San Martín sobre el avance del enemigo.

Osorio, en su aproximación a Santiago por el oriente pretendía dejar libre y a su espalda el camino que conducía a Valparaíso, por la eventualidad de tener que usarlo para retirarse por vía marítima, ante un fracaso por conquistar Santiago. Al amanecer del domingo 5 de abril, ambos ejércitos tomaban posiciones sobre pequeñas alturas de los llanos de Maipo (Maipú), alturas que a ambos mandos aconsejaban organizar un dispositivo de defensa. Las dos posiciones quedaban separadas por una hondonada, la que el atacante debía atravesar, quedando expuesto por varios minutos a los fuegos del defensor.

Osorio, quien debía ser el conquistador de la capital, se mostró sin embargo vacilante para tomar la iniciativa, resistiéndose a la presión que el brigadier Ordóñez ejercía sobre él, quien lo exhortaba a atacar con prontitud. Teniendo a Santiago a la vista, no parecía razonable haber efectuado una marcha de más de 500 kilómetros para terminar adoptando una actitud defensiva. Pero así fue.

San Martín en persona, vestido de paisano y acompañado por un par de ayudantes, procedió a efectuar un reconocimiento a las líneas enemigas. Según Bartolomé Mitre, al darse cuenta de la indecisión del jefe español, San Martín habría exclamado: “Osorio es más torpe de lo que yo pensaba”; y dirigiéndose a sus acompañantes les dijo: “El triunfo de este día es nuestro. ¡El sol por testigo! (Mitre, 1950, p. 379). Y sin perder más tiempo volvió a sus líneas y dio orden de atacar, lo que se inició cerca del mediodía.

Algunos días antes, el general patriota había difundido a sus mandos subalternos un interesante documento titulado “Instrucciones reservadas que deben observar los jefes de cada cuerpo en caso de batalla”. En él se consignaba una serie de medidas de coordinación para ser adoptadas antes y durante la batalla, las que aquí serían muy extensas de detallar. Sin embargo, resalta entre ellas una disposición en la que San Martín estimula a sus comandantes de unidad a tomar la iniciativa ante circunstancias en las que no era posible esperar la orden del general. (Díaz, 1946, p. 124)

El dispositivo de ataque del ejército patriota parecía extraído de un manual de táctica de la época. Se atacaría de norte a sur, con los batallones de infantería de ambas divisiones (Las Heras y Alvarado) dispuestos al centro de la línea, en tanto que los regimientos de caballería Granaderos y Cazadores quedaban en ambas alas. Cada división contaría con su propia artillería. El reducido alcance de los cañones obligaba a que cada artillería actuara en apoyo directo de su división.

No cabe aquí detallar los pormenores tácticos de la batalla, sin embargo, haremos una descripción general. La división Las Heras atacó con gran ímpetu el sector oriente del dispositivo adversario, el que después de afanoso combate consigue hacer retroceder a los realistas. El Batallón N° 11, apoyado por los Granaderos a Caballo habían logrado un importante éxito local.

Simultáneamente, el coronel Rudecindo Alvarado avanzó con su división en pos del ala occidental del dispositivo realista, pero al subir la pendiente para pasar al asalto se encontró con nutrido fuego adversario que obligó a los patriotas a retroceder: Con su artillería, Borgoño logró contener el contraataque realista, pero la situación siguió siendo delicada. Los del regimiento Burgos gritaban: ¡Viva el rey! ¡Aquí está el Burgos! ¡Dieciocho batallas ganadas! ¡Ninguna pérdida! (Mitre, 1950, p. 384).

El desarrollo de la batalla llegaba, entonces, a un momento apremiante. La División del coronel Las Heras había cumplido su objetivo, pero parte de las fuerzas realistas del ala izquierda – mandadas por Primo de Rivera- que su división no había conseguido aniquilar, se desplazaron para reforzar a las unidades del ala derecha.

Ya hemos visto que San Martín organizó una reserva que equivalía a cerca de un tercio del total de sus fuerzas, lo que de por sí fue una decisión muy adecuada. Sin embargo, la genialidad de un comandante no consiste en la conformación de una reserva –ello es de manual–, sino en su empleo en el momento y en el lugar oportuno para que constituya el verdadero factor desequilibrante. Muchos años después, en 1827, en carta a su amigo el general Miller, San Martín escribe:

“En cuanto a la batalla de Maipo puede asegurarse que ella contribuyó muy eficazmente a la independencia de América: su pérdida hubiera acarreado la de Chile sino también la de las Provincias Unidas; su buen éxito fue debido a la reserva, compuesta de los batallones 7 y 3 al mando del coronel mayor Quintana, a quienes el general en jefe mandó cargase a la derecha del enemigo que avanzaba victorioso sobre nuestra izquierda que se encontraba ya desordenada: este ataque verificado con vigor fue decisivo facilitando esta victoria y poder llevar la guerra al Perú.” (Folleto del Museo Histórico Nacional Argentino, sin fecha y titulado “San Martín de puño y letra”).

Este empleo de la reserva resultó decisivo y originó el inicio de la paulatina retirada de las fuerzas realistas, a pesar de la persistencia de algunos núcleos de resistencia. El brigadier Osorio, escoltado por un grupo de jinetes, abandonó el campo de batalla y en penosa retirada llegó a Concepción el 12 de abril. Ordóñez asumió el mando de las fuerzas realistas y dispuso la retirada hacia las casas de la hacienda de Los Espejo, distante unos tres kilómetros. Según relata Diego Barros Arana, “el campo quedaba materialmente cubierto de

cadáveres, y en su retirada los realistas iban dejando una huella de muertos y de sangre. (...) la carnicería fue muy grande, y algunos oficiales que habían servido en Europa, me dijeron que nunca habían visto un choque más sangriento que el que ocurrió en aquella parte del campo” (Barros Arana, 1890, tomo XI, p. 448).

Una vez consumado el empleo de la reserva, y aunque las acciones continuaban, el general San Martín, teniendo la certeza del triunfo, dictó a uno de sus ayudantes el siguiente mensaje dirigido al Director Supremo de Chile:

“Acabamos de ganar completamente la acción. Un pequeño resto huye; nuestra caballería lo persigue hasta concluirlo. La patria es libre, Dios guarde a V.E. muchos años. - San Martín”. (Zanella, 2014, p. 404).

Un par de horas después los realistas divisaron una gran polvareda que venía desde Santiago. Era la improvisada división que había logrado organizar O’Higgins para acudir al campo de batalla, y la certeza de su próximo arribo apresuró la retirada de las fuerzas de Ordóñez que seguían resistiendo.

Recordemos que el Director Supremo se encontraba convaleciente de su herida y pasó los últimos días aquejado de fiebre. Sin desmontarse de sus caballos, al encontrarse los dos generales, se produjo una memorable escena de la cual ha llegado hasta nosotros el siguiente diálogo:

- O’Higgins: “Gloria al salvador de Chile”,
- San Martín: “General, Chile no olvidará jamás su sacrificio presentándose en el campo de batalla con su gloriosa herida abierta” (Zanella, 2014, p. 419).

Esa imagen de los próceres abrazados ha sido plasmada en la tela y ha pasado a representar la hermandad de dos pueblos.

Entretanto, los realistas encabezados por Ordóñez se hicieron fuertes en la hacienda de Los Espejo, aprovechando las casas patronales, las de los inquilinos y las bodegas. Allí la lucha fue encarnizada y los patriotas en su intento por desalojar al enemigo sufrieron cuantiosas bajas, siendo especialmente afectado el batallón chileno N° 1 “Cazadores de Coquimbo”.

Finalmente, y tras costosas bajas por ambos lados, los últimos reductos realistas emprendieron la retirada siendo perseguidos por la caballería patriota. Gran parte de los jefes españoles fueron tomados prisioneros, entre ellos el brigadier José Ordóñez, quien fue llevado ante la presencia del coronel Las Heras, su antiguo rival en Talcahuano, que lo trató con la mayor consideración.

En total se estima que los prisioneros realistas fueron unos 1300, de los cuales 174 eran oficiales (Barros Arana, 1890, Tomo XI, p. 455); entre ellos, la mayoría de los jefes de unidades, los que fueron conducidos a San Luis de la Punta (Argentina), donde diez meses después fueron fusilados por intento de insurrección.

Las bajas fueron cuantiosas y su número refleja la ferocidad de cada combate. Los realistas dejaron en el campo de batalla 1500 muertos, en tanto que fueron 800 los patriotas que perdieron la vida. Maipú había sido, hasta esa fecha, la batalla sudamericana de mayores proporciones y de mayor mortandad.

El cruce de los Andes ya había sido la gran empresa estratégica del general José de San Martín, pero desde el punto de vista táctico la batalla de Maipú es sin duda su Opus Magna. El general en jefe tuvo aquí la habilidad de “leer el campo de batalla” en cada una de sus fases, comunicando oportunamente sus órdenes a través de sus ayudantes e intuyendo el momento oportuno para lograr la decisión a través del empleo de la reserva.

Repercusiones de la batalla

El general San Martín y sus comandantes subalternos sabían que en esta acción de Maipú se jugaba la libertad de Chile y la consolidación de la independencia de las Provincias Unidas. Pero no solo eso. Solo el triunfo en esta batalla haría posible la continuación de su plan continental.

A partir de esta batalla la independencia de Chile fue definitiva y su gobierno ya no volvería a manos de los monárquicos. Por su parte, Buenos Aires vería disipada la amenaza que significaba un ejército realista al otro lado de los Andes. Desde una actitud ofensiva, el virrey pasaría a asumir una defensiva estratégica en toda la América del Sur.

A pesar de aquello, en el sur de Chile los realistas mantendrían una porfiada resistencia, que se prolongaría hasta 1825 y aún más allá. Ello dio lugar a una sucesión de combates y escaramuzas que, por la crueldad de sus acciones, recibió el nombre de “Guerra a Muerte”. A lo anterior se sumaba el dominio realista sobre el archipiélago de Chiloé, que solo fue derrotado en enero de 1826. Estas circunstancias a menudo pasan desapercibidas ante la cadena de victorias para las armas patriotas, que tiene su culminación en Ayacucho. Pero lo cierto es que mientras se preparaba y se desarrollaba la Expedición Libertadora del Perú, el gobierno de Chile debió continuar una desgastante guerra contra una resistencia realista que no puede menos que provocarnos admiración por la lealtad que esos soldados mantuvieron hacia la causa del rey, un monarca geográficamente lejano, pero prendido en el corazón de muchos soldados peninsulares y americanos.

Al decir de Mitre, “por su importancia trascendental, solo pueden equipararse a la batalla de Maipú, la de Boyacá, que fue su consecuencia inmediata, y la de Ayacucho que fue su consecuencia ulterior y final”. (Mitre, 1950, p. 386). En efecto, si no se hubiera conseguido en Maipú una victoria para las armas patriotas, Chile

nunca habría podido organizar y entrenar una escuadra naval que, dotada de más de diez navíos de guerra, fue la que condujo a la Expedición Libertadora del Perú. Esa misma fuerza naval, la más formidable que hubiera surcado el Pacífico Sur, fue la que conquistó el dominio del mar para la causa de la emancipación americana; sin ese dominio, la ofensiva terrestre conducida por Simón Bolívar habría encontrado la oposición de fuerzas realistas con la movilidad estratégica que otorga la vía marítima.

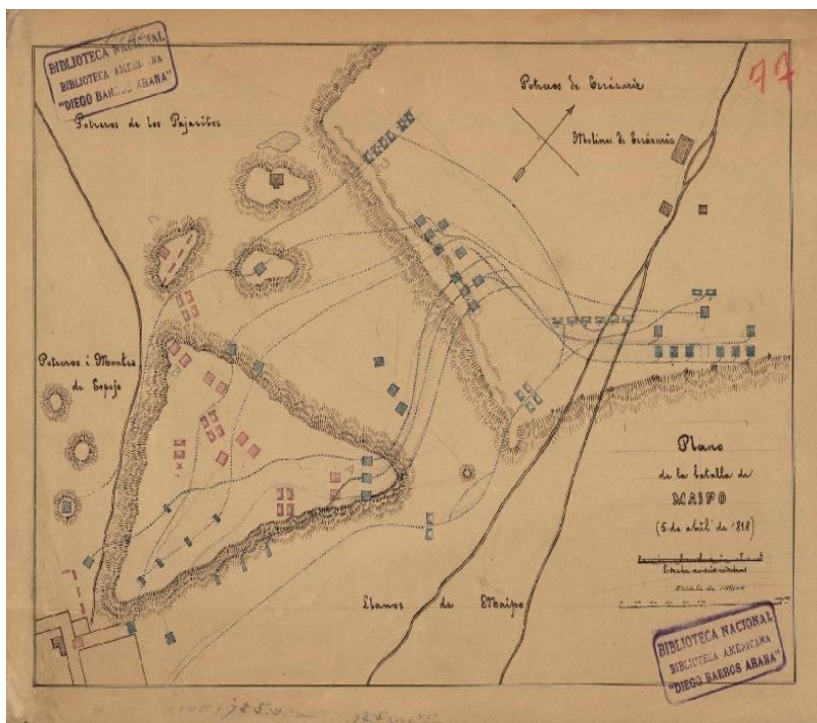
El abrazo de Maipú que ya hemos reseñado, no solo fue el abrazo triunfal de dos generales que se congratulaban. Ese abrazo también significó la confirmación del compromiso que San Martín y O'Higgins asumían para dar libertad a los pueblos americanos.

Referencias

- Barros Arana, D. Historia General de Chile. Rafael Jover, editor, Santiago 1890, Tomo XI.
- Díaz Valderrama, F. J., La Batalla de Maipú, Editorial del Pacífico, Santiago, 1946.
- Ferrada Walker, L. V., La Batalla de Maipú y las cien águilas, Edición de la Escuela Militar, impresión en el Instituto Geográfico Militar, Santiago, 2009.
- Mitre, B., Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana. Ed. El Ateneo. Buenos Aires, 1950.
- Zanella, J. R. Maipú, la batalla decisiva. Ed. Dunken. Buenos Aires, 1914.

Ilustraciones

Plano de la batalla de Maipú



Fuente: Biblioteca Nacional de Chile

General (r) Marcos López Ardiles

Magíster en Ciencias Militares y Magíster en Ciencia Política por la Universidad de Chile. Titulado oficial de Estado Mayor tanto en el Ejército de Chile como en el Ejército Británico. Ha sido profesor de la Academia de Guerra del Ejército y de la Escuela Militar, también ha ejercido la docencia en la Universidad Central, en la Universidad Católica del Norte y en la Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos. Actualmente dicta clases en la Academia de Guerra de la Fuerza Aérea. Ha sido presidente de la Academia de Historia Militar y vicepresidente ejecutivo de la Corporación del Patrimonio Militar de su país. Actualmente es vicepresidente de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía. Además, es miembro correspondiente de la Academia Argentina de la Historia, del Instituto Argentino de Historia Militar, de la Academia Peruana de Historia Militar, de la Academia de Historia Militar de la República de El Salvador y de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza. Es autor de numerosos artículos publicados en diarios y revistas, relacionados con historia militar, geopolítica y ciencia política.